No todo son connotaciones positivas en torno al concepto de aprendizaje. Al pensar en una educación alternativa, muchas veces se cae en la cuenta de la existencia de aprendizajes no deseados. Sobre esto reflexiona el presente texto, que abre el análisis hacia formas de des-aprendizaje. Para aprender el amor, nos dice, es preciso desaprender la violencia; para aprender la solidaridad, desaprender el egoísmo; para aprender la reciprocidad, desaprender la indiferencia; para aprender a valorar el propio ser, desaprender la humillación.

EN TORNO A APRENDER A DESAPRENDER

Hemos cargado en exceso, siento, de connotaciones positivas el concepto de aprendizaje. Es natural y hermoso que así sea: aprender a amar, a amarse, a cooperar, a entretejer solidaridades, a respetar, a escuchar, a escandalizarse, a sentir a los otros, a confiar, a tolerar...

Cuando esa mirada se alimenta de la espiritualidad, entendida como sentido que te sostiene y como transformación personal para acceder y ser iluminado por la verdad, nos situamos en el terreno de un querido ideal en pos del cual uno quisiera trabajar de por vida.

Pero hay otras posibilidades. En el ámbito de la educación formal se habla de aprendizajes significativos y aprendizajes repetitivos. Los segundos poco y nada aportan a la construcción de seres capaces de enfrentar y resolver situaciones, de imaginar alternativas, de sacar provecho incluso de los errores. Esto muestra la existencia de aprendizajes no deseados, siempre que se piense en una educación alternativa.

Pero hay otros aprendizajes. Muchos otros, a menudo con un peso social terrible. Aprendizajes de la humillación, de la violencia, del miedo, de la simulación, de la mentira, del egoísmo, del atropello, de la incapacidad, del escándalo, de la explotación, de la burla, de la indiferencia, del racismo, de la intolerancia, de estereotipos, del abandono, del odio...

En algún lugar, de alguna manera, se aprende a destruir puestos de trabajo, a matar, a arrasar vidas, a sembrar miseria, a mentir, a corromper la palabra y las acciones, a tomar al otro como un simple instrumento, a convertir a seres humanos en números sobrantes del banquete de la globalización.

Dos formas destacan en el hecho de aprender: la acumulación de experiencias y las experiencias decisivas. En un contexto familiar es posible aprender la violencia día a día, a lo largo de años; en un contexto escolar suelen vivirse formas de relación que acaban por cincelar maneras de comunicarse y de interactuar. Aprendizajes, entonces, sostenidos por lo cotidiano, por lo reiterado y considerado hasta natural en las rutinas propias de un espacio social.

Las experiencias decisivas marcan, para bien o para mal, aprendizajes que dejan huellas en buena parte de la existencia. Desde el encuentro con un alguien capaz de comunicar alegría de vivir y sentido, hasta la violencia directa o una humillación en momentos en que se necesita todo el apoyo para afirmar el propio ser. Hay experiencias decisivas en las relaciones de pareja, en el espacio de las instituciones escolares, en la vida religiosa, en el trabajo, en el barrio y la ciudad, por mencionar sólo algunas posibilidades.

Una vez aprendido algo, a fuego lento o por efecto de una suerte de llamarada, percepciones y conductas comienzan a regirse por ello. Si aprendí y acepté como natural y necesario el racismo, a la hora de relacionarme percibiré y actuaré como un racista. Si aprendí y acepté la explotación de seres humanos como natural y necesaria, a la hora de relacionarme percibiré y actuaré para acentuar esa explotación. Y así sucesivamente.

De alguna manera, para bien o para mal, terminamos siendo lo que aprendemos. Por experiencias decisivas o por la acumulación de vivencias cotidianas, se va conformando una manera de ser y de percibir.

Nos preocupa el aprendizaje. Pero sería necesario abrir la reflexión hacia formas de des-aprendizaje. Para aprender el amor, desaprender la violencia; para aprender la solidaridad, desaprender el egoísmo, el sálvese quien pueda; para aprender la reciprocidad, desaprender la indiferencia; para aprender a valorar el propio ser, desaprender la humillación.

Desaprender es tan difícil como renunciar a una parte del propio cuerpo, sobre todo cuando los aprendizajes se han venido consolidando por años.

¿Se desaprende de un momento para otro? Pienso en Pablo, en ese instante en que vio para siempre. El desaprender, el dejar atrás retazos del propio ser mediante una revelación, una emoción intensa, un quiebre de las certidumbres y de las percepciones, sigue siendo parte del misterio.

A escala de nuestras instituciones y de la práctica cotidiana de educadores, se nos abre el camino del des-aprendizaje en largos períodos de tiempo, es decir de nuestra vida y la de quienes pretendemos educar.

Crear siempre, entre dos seres, en un grupo, en toda una institución, un ambiente de aprendizajes constructivos y un proceso de desaprendizaje de los destructivos, constituye una tarea a la cual bien vale la pena apostar todos los esfuerzos.

Preguntar por el aprendizaje es hacerlo por la vida y el ser de cada uno, también de nosotros como educadores.

Tres preguntas:

⇒ ¿Qué aprendizajes queremos desencadenar?
⇒ ¿Qué aprendizajes queremos evitar?
⇒ ¿Qué desaprendizajes queremos promover?

Si recogemos las piedras preciosas expresadas en torno a la espiritualidad en los escritos, si nos reconocemos en un contexto en el cual es imposible salirnos del juego de globalizaciones, tecnologías y contradicciones sociales, si no renunciamos a nuestra vocación de intervención en la vida de nuestros países, la respuesta a las tres preguntas resulta clave para seguir la marcha.

Daniel Prieto Castillo
1999